

## **QUINTO DOMINGO DE PASCUA**

### **Fiestas de los Colegios diocesanos de Pablo VI y San Ignacio**

#### **A Rúa y Ponferrada**

**24 de Abril de 2016**

Jesús elige el ambiente íntimo de la sobremesa de la Última Cena para entregar a sus discípulos el único y nuevo mandamiento: “Amaos unos a otros como yo os he amado, en esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 15,12) El discípulo amado, a quien la tradición de la iglesia identifica con san Juan evangelista, nos lo ha transmitido a través de su evangelio y de sus cartas para que la Iglesia, comunidad del Resucitado, lo tuviera como ley fundamental.

Este mandato del Señor nos parece una gran utopía. Nos resulta imposible cumplirlo por más que tengamos buena voluntad y lo intentemos todos los días. ¿Cómo podemos hacer para entender este mandato único del Señor y llevarlo a la práctica en nuestra vida ordinaria? El Papa emérito Benedicto XVI nos lo explica de esta forma: “Dios nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.” (DCE , 17)

Por tanto, podemos sacar como conclusión que el mandato del amor fraterno no es algo inalcanzable si hemos experimentado primero en nuestra vida el amor misericordioso de Dios que nos ha creado y nos sostiene. El que es capaz de ver la acción amorosa y misericordiosa de Dios en su propia historia es capaz también de amar como Dios ama, con el auxilio y la fuerza del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones.

Este descubrimiento del amor de Dios en nuestra vida es un don gratuito de Dios, fruto de su gracia que recibimos en el bautismo y la confirmación; pero también nos ayuda a descubrir cuánto nos amó y nos ama el Señor la lectura y meditación de la Palabra de Dios,

especialmente el evangelio, y el testimonio de amor verdadero de otros cristianos que entregan su vida por amor a Dios y al prójimo.

Así como nadie puede amar de verdad si no es amado primero por sus padres y por su familia, así también el cristiano sólo podrá amar como Dios ama si experimenta en su vida el amor infinito con el que Dios lo ama.

El mandato de amarnos como el mismo Jesús nos ama nos suscita también la pregunta por la esencia de ese amor: ¿Cómo es el amor divino? San Pablo describe el amor cristiano, al que le dio el nombre de caridad, en el capítulo 13 de la Primera carta a los Corintios: “Es un amor paciente, servicial, no tiene envidia, no presume, no se engríe, no se irrita, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... El amor no pasa nunca” (1 Cor. 13, 4-8)

El cristiano aprende a vivir este amor en el seno de la familia cristiana porque la familia cristiana tiene como fundamento el sacramento del matrimonio entre el hombre y la mujer que se aman con el amor esponsal, reflejo del amor divino: entregado, gratuito y perpetuo, esto es, que no pasa nunca. Si en el hogar los niños no respiran desde pequeños este amor y no se les educa para amar difícilmente podrán ser felices porque su vida será “como un metal que resuena o unos platillos que aturden” Desgraciadamente, hoy crece el número de los niños y niñas, de adolescentes y jóvenes que no tienen un hogar donde puedan descubrir en la convivencia con sus padres este amor que los capacita para amar. Pensemos en los que tienen que vivir en la calle o en residencias o con otras familias. En tantos niños que son víctimas del egoísmo de sus padres, de la guerra y la violencia de los poderosos, del afán de especulación y comercio de los corruptos.

La escuela y el colegio cumplen también su función en esta tarea de ayudar a los padres a educar a sus hijos en el amor fraterno y en los valores que se derivan: el respeto, el diálogo, la tolerancia, la solidaridad, el perdón. El colegio católico, por su propia naturaleza tiene que tener como única norma fundamental el mandato del Señor a la que se ha de atener toda la comunidad educativa y sobre ella resolver los conflictos y hacer del centro educativo una familia. Un colegio católico cumple su objetivo cuando ayuda a los padres para

que sus hijos descubran el rostro de Dios, misericordioso y bueno, fundamento de todo lo que existe porque lo ha creado por amor y amigo del hombre a quien ha rescatado, por medio de su Hijo Jesucristo del poder de las tinieblas del pecado y de la muerte.

Nuestro colegio diocesano de San Ignacio habrá conseguido su objetivo si los alumnos al salir de sus aulas sienten que aquí se ha fortalecido su fe, su esperanza y su amor. Si esto no se da, tendremos que evaluar el colegio diocesano con un suspenso. Porque un colegio católico se distingue precisamente por ayudar a las personas a confiar en Dios, en los demás y en sí mismas; en ayudarles a tener siempre ilusión y esperanza mirando siempre en positivo la vida y la historia; en despertar en el alma de los niños y de los jóvenes el ardor por amar la verdad, la justicia y la paz, por estar dispuestos a perdonar siempre y por ser solidarios con todos los seres humanos especialmente con los más necesitados.

La última contemplación del libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio se titula precisamente así: “Contemplación para alcanzar amor”. En dicha contemplación el santo nos da dos consejos fundamentales para vivir el amor fraterno. El primero es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras ¿Cuántas cosas se solucionarían en la vida familiar, social y política si en vez de hablar tanto y decir tantas palabras huecas se pusiera amor en ellas pensando en los demás y en el bien común y no tanto en uno mismo o en su propio grupo? El segundo consejo es que “en todo amar y servir” porque esta es la clave que revoluciona de verdad la sociedad y la hace más humana.

Pidamos a la Virgen María, Nuestra Señora de la Encina, que ella nos alcance amor de su Hijo Jesucristo para que amemos a los demás como Él nos amó.